

por Sebastián Salazar Bondy

Durante mucho tiempo los países latinoamericanos dimos pábulo y estimulamos la idea de que constituíamos sociedades beocias, lugares proverbiales de la pereza y el reposo sin medida, y fomentamos en cierto modo la leyenda de que por ser las nuestras tierras de fabulosa riqueza el trabajo no era aquí una práctica corriente. Esta designación poco enorgullecadora prosperó fuera, y no es raro hoy encontrar quienes más allá de nuestros territorios crean a pie juntillas que ella es cierta. Hacer desaparecer tal infundio en el exterior nos va a costar mucho porque dichas famas son, como todas las fórmulas heredadas, sumamente pertinaces, pero es visible que desde hace varias generaciones los hombres de esta América se han propuesto llevar adelante el progreso a costa de la labor esforzada y productiva. Sin embargo, quedan entre nuestras costumbres ciertos rezagos de ese "dolge far niente" que antaño tanto nos desprestigió.

Algunos de esos residuos están en los almanaques: son los días festivos cuya abundancia es incontestable documento de que preferimos la existencia descansada a la que, por la tarea, se impone como crisol de bienestar para todos y cada uno de los que obran, en el oficio humilde o en la vida profesional, por un futuro mejor. No se trata de negar, por cierto, el derecho que toda colectividad tiene de darse cada determinado tiempo un lapso aunque sea breve de reposo o diversión, sino de señalar el exceso con que hacemos pausas en la acción creadora. Y no se necesita ser muy zahorí para verificar cuántas de esas fechas son ociosas. Ahí están, por ejemplo, los Carnavales, tres días del año durante los

cuales, aparte de sus inconvenientes propios (bien sabemos a qué turbia clase de mecanismos de agresión termina obediendo la multitud en los juegos), todo se detiene inexplicablemente. Lo más grave es que desde hace bastante tiempo la mayoría ve en esas fiestas, que entre nosotros no revisten



el carácter típico que en otros sitios las ha convertido en formas del folklore, una rémora que es preciso extirpar.

La creciente opinión en contra de los Carnavales no ha animado a las autoridades y legisladores ha terminar con ellas, tal vez porque temen que sea impopular, debido a ese prurito de gobernar pensando más en los efectos políticos de cada medida, y no en su pertinencia, oportunidad y eficacia. Con reducir esa efemérides secular a un día domingo —como sucede en Europa—, durante el cual se realicen los bailes y festejos correspondientes, el problema estaría resuelto. En otro sentido, algunas fiestas patrióticas y religiosas, las que tienen un fin simplemente recordatorio, po-

drían ser constreñidas a celebraciones parciales, con lo cual no perderían su contenido específico y no constituirían, además, impedimento alguno en el desarrollo de las actividades productivas. El cronista piensa que en la consagración del esfuerzo continuo no se hallarán obstáculos, pues es obvia la importancia que él posee en el propósito nacional de progresar más y más.

No es por casualidad que las dictaduras —movidas por el viejo principio de "panem et circenses"— sean tan dadas a crear feriados y a ofrecer a los pueblos diversiones embriagadoras. Su objetivo es distraer la atención pública, borrarle de la mente todo espíritu crítico, someterla a los placeres fáciles, mutilarla en una palabra. Cualquier pretexto es bueno en los fines del dictador para crear un contenido superficial, una alegría que, en el fondo, es brutal. La democracia, en cambio, propicia la lucidez, y la austeridad como norma vital es en ella menos una práctica ética que una disponibilidad para mantener el equilibrio fundamental entre los gobernantes y los gobernados, la permanente vigilancia de éstos sobre aquéllos. Se impone ahora que el Perú busca su destino democrático que el paso de suprimir tantas fiestas inútiles se dé valientemente.

No somos el país beocio de la mala leyenda, no queremos tampoco serlo, y esta voluntad hay que expresarla con los hechos: podemos rendir culto a nuestros héroes sin necesidad de convertirlos en pretextos de ocio, podemos celebrar a Dios sin transformar sus días en efemérides de la pereza, podemos entregarnos a la alegría sin que haya por ello que detener el trabajo de donde depende nuestro adelanto. Si tenemos el privilegio de ser un país de esperanza, hagamos lo que esté a nuestro alcance para que esa esperanza no sea una estafa.